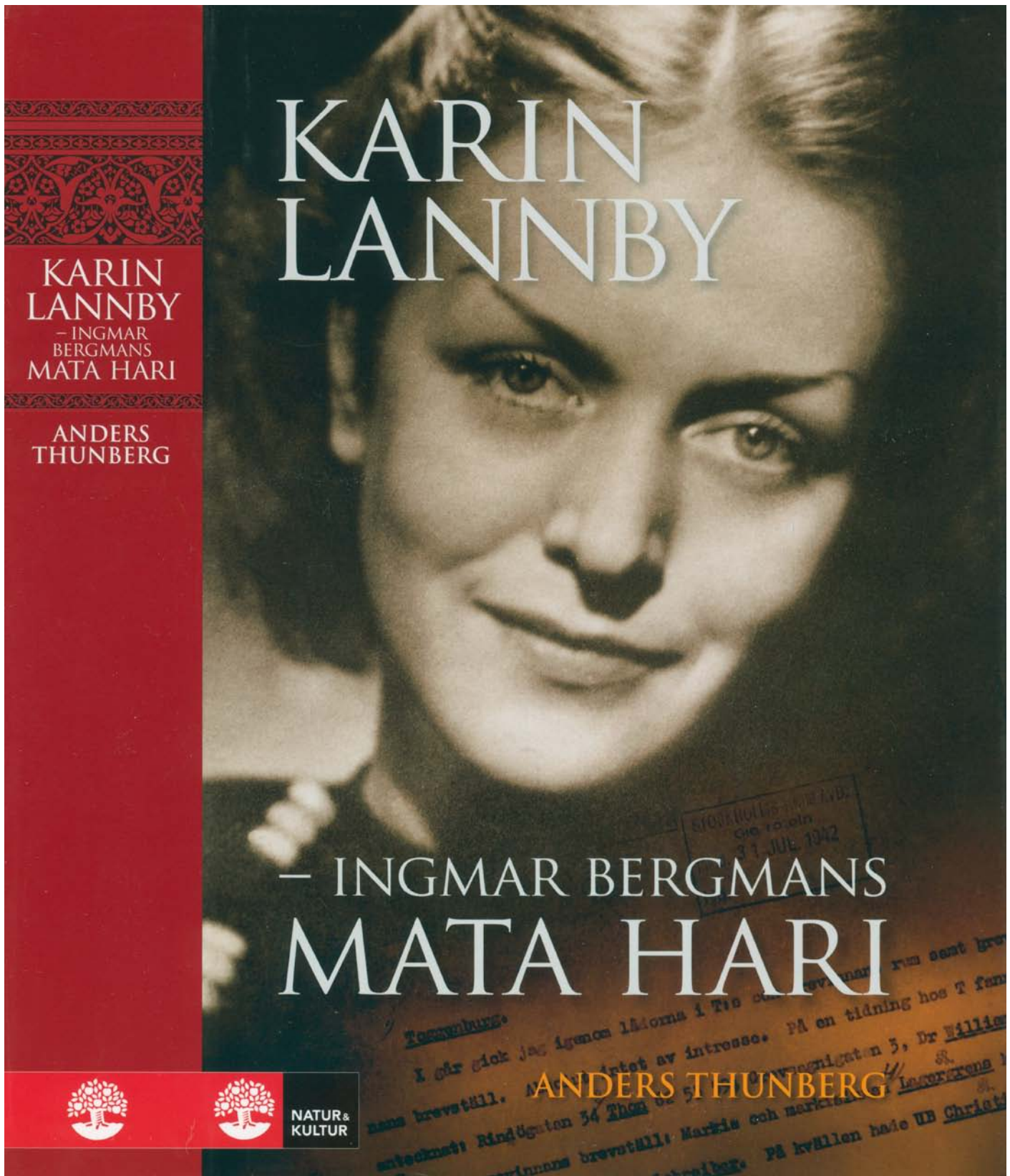


Firma invitada

## Un personaje fascinante

Francisco J. Uriz

La curiosa historia de la espía sueca, Karin Lannby, una adolescente del partido comunista sueco que conoció a Luis Buñuel y mantuvo relaciones con Ingmar Bergman.



Portada de la biografía de Karin Lannby

Hace unos años, en 2009, leí en un diario sueco una reseña de un libro sobre una espía sueca en la guerra civil española que aparecía unida a los nombres de Luis Buñuel e Ingmar Bergman. Me llamó la atención y pensé recortar el artículo o anotar el dato, pero se me pasó y luego la cantidad de estímulos y noticias que caen sobre nosotros diariamente me lo hicieron olvidar.

Un par de años después volvió a aparecer el personaje en una conversación con un amigo y no podía acordarme del nombre del autor del libro, ni de la editorial, sólo me quedaba el nombre de Bergman que aparecía en el título y lo de la espía, es lo único que recordaba.

Por fin en la jungla de internet con los vagos recuerdos encontré el libro: El autor, Anders Thunberg, y el título Karin Lannby: la Mata Hari de Ingmar Bergman.

Karin Lannby, una sueca nacida en 1916, que vino a España como adolescente miembro del Partido Comunista sueco, aprendió español, publicó en 1937 un poemario titulado Cante jondo, tradujo la pieza de Lorca Bodas de sangre al sueco y fue espía republicana en la guerra civil.

Tras seis meses de trabajo, como intérprete en las negociaciones, en 1937, para la instalación del hospital sueco-noruego en Alcoy, Karin Lannby regresó a Suecia.

En torno a San Juan del verano de 1937 Karin estaba de regreso en Suecia. Inmediatamente fue entrevistada sobre España por su amiga Lil Larsson-Yunkers para la revista Husmodern. En ella decía que estaba “de visita” en su patria. En otras palabras que pensaba volver a España.

Han circulado rumores de que el Partido la había enviado en una misión secreta y que había viajado con una considerable cantidad de dinero, pero que había fracasado en su misión y que además había fundido el dinero que llevaba con ella.

Sin embargo no parece particularmente probable que el Partido comunista sueco hubiese apostado por Karin para una misión secreta en España. Ella no tenía buena relación con Knut Olsson, el miembro del comité central responsable de España, especialmente después de que ella se hubiese quejado del alemán Heinrich Rau. Este se encontraba en Barcelona y se había infiltrado como agente comunista en una red de contactos anarquista. Además el Partido comunista sueco trabajaba por España a través de la Komintern que tenía sus propios canales para llegar al país.

“ Necesitaban a Karin para una misión delicada al servicio de la República, le dijo el visitante. Por eso había hecho el largo viaje hasta Estocolmo. ”

No obstante, es posible que ella hubiera albergado la esperanza de que pudiese serle útil al Partido de alguna manera en España y que hubiese hablado del asunto con la dirección del partido. Lo que está claro es que tras una breve estancia en su país viajó al sur.

Nadie ha sabido hasta ahora cómo ocurrió: En pleno verano Karin recibió en Ålsten la visita de un hombre moreno, de fuerte complexión y con globos oculares muy marcados y una ancha y poderosa nariz. El hombre explicó que le había dado su nombre la esposa del embajador de la República española en París, señora Araquistáin...

Necesitaban a Karin para una misión delicada al servicio de la República, le dijo el visitante. Por eso había hecho el largo viaje hasta Estocolmo. En el sur de Francia, en la provincia de les Basses-Pyrénées los fascistas se mostraban muy

activos, algo que creaba graves problemas a los republicanos en esa parte de la frontera. En el País vasco español se reñían duros combates, mientras Asturias, algo más al oeste en la península ibérica, todavía mantenía posiciones. Estas zonas de la costa atlántica del sur de Francia eran importantes para los contactos de la República con el mundo. El servicio de espionaje del gobierno de Valencia deseaba que Karin se infiltrase en las redes fascistas e informara a la legación en París.

Probablemente Karin ya había oído hablar del hombre que la venía a buscar. Luis Buñuel, que así se llamaba, era en realidad director de cine. Su película La edad de oro, rodada en Francia, le había proporcionado publicidad negativa en ese país. En ella se describía en escenas surrealistas, entre otras cosas, una pareja de amantes cuya pasión es incesantemente estorbada por la iglesia y la burguesía. Cuando la película se estrenó en París, en conexión con una exposición de pintura, miembros de la organización fascista, Ligue de patriotes, tiraron tinta a la pantalla, atacaron al público y destruyeron obras expuestas de Salvador Dalí, Joan Miró, Man Ray, Yves Tanguy y otros artistas.

En aquellos años, con motivo de la guerra, Buñuel había suspendido sus rodajes y se había incorporado a la legación de la República en París como agregado cinematográfico. Allí era responsable de la propaganda exterior en la que el nuevo medio de expresión, el cine, desempeñaba un importante papel. También se ocupaba de otro tipo de misiones, por ejemplo el servicio de espionaje. Con el tiempo Buñuel se haría un nombre en la historia del cine pero entonces su fama se debía a su debut Un perro andaluz que había hecho junto con su compañero de estudios Salvador Dalí y que le proporcionó la entrada a los círculos surrealistas de París.





Detenida por la policía italiana cuando intentaba hacerle una segunda una entrevista a Salvatore Giuliano.  
De intérprete en Alcoy durante la guerra civil con los responsables de la sanidad en la zona.

Karin aceptó la misión. Ello significaba que debía acompañar a Buñuel en el viaje de regreso. Pero antes, el director español, que nunca había estado en Estocolmo, quiso aprovechar la posibilidad de, durante un par de días de julio, conocer la ciudad. Después iniciaron el viaje a Francia vía Inglaterra. Tras una breve visita a Londres, donde Buñuel tenía que resolver asuntos en su legación, cogieron el barco a Calais y luego el tren a París.

Luis Buñuel contaría más adelante este viaje. En su libro de recuerdos *Mi último suspiro* describe a Karin como “una sueca bellísima” y confiesa: “Durante este viaje hube de sostener un verdadero conflicto entre mi deseo sexual, siempre vivo, y mi deber. Venció mi deber. No intercambiamos ni siquiera un beso, y sufrí en silencio”. (pág. 157)

Fué pues la señora Araquistáin en París la que había propuesto a Karin como la persona adecuada

para llevar a cabo la delicada misión. Buñuel y Karin tuvieron sin duda muchas cosas de las que hablar durante el largo viaje a París. El rudo español con su irresistible sonrisa y claras nociones sobre cómo se debía preparar un dry martini fue con toda seguridad un ameno conversador. Ambos eran grandes fumadores desde temprana edad y el tabaco y el alcohol son una combinación imbatible en una larga conversación. Además tenían un favorito cinematográfico común: von Stroheim.

“ En aquellos años, con motivo de la guerra, Buñuel había suspendido sus rodajes y se había incorporado a la legación de la República en París como agregado cinematográfico. ”

Karin se enteró de muchas cosas sobre los orígenes de la familia de Buñuel. Luis era el mayor de siete hermanos. El ambiente en el que creció era católico y mojigato. De joven Buñuel estuvo muy influido por sus profesores jesuitas. Con frecuencia ayudó como monaguillo a su tío cura. A los diecisiete años se fue a Madrid a estudiar. Allí conoció a Salvador Dalí, Pablo Neruda, Federico García Lorca y otros muchos creadores de cultura. Fue un tiempo lleno de grandes sueños pero también de rebelión contra el orden tradicional, tanto el estético como el político.

Fue Lorca quien hizo que Buñuel descubriese la poesía. La habitación de Lorca en la Residencia de estudiantes se convirtió en uno de los puntos de reunión más buscados de Madrid. Su teatro y poesía eran una cosa. La obra maestra era el propio Federico, era irresistible ya se sentase al piano para imitar a Chopin, o improvisase



Foto del pasaporte que probablemente llevó en el viaje con Buñuel  
Con la cantante francesa Juliette Gréco

una pantomima o una breve escena de teatro, era todo pasión, alegría, juventud. Era como un fuego.

“Durante este viaje hube de sostener un verdadero conflicto entre mi deseo sexual, siempre vivo, y mi deber. Venció mi deber. No intercambiamos ni siquiera un beso, y sufrí en silencio”. (Buñuel). ”

Buñuel había sido uno de los que había desaconsejado a Lorca el viaje a Granada en julio de 1936. Pero Lorca, que no concedía a la política un interés apasionado, quería viajar a su Andalucía para participar en una celebración familiar. También otros amigos habían ejercido presiones sobre él en el mismo sentido, recuerda Buñuel. En vano.

Era entonces delito alistarse como voluntario para luchar en España. Pero la nueva ley no había frenado la avalancha de voluntarios. Eso lo pudo comprobar Karin durante su estancia en París.

En el Hotel de l'Esperance, 11 bis rue des Chauffourniers, se reunían los voluntarios. Para los escandinavos la persona de contacto era un danés conocido con el nombre de “Rouges”. Tras el reconocimiento médico se les proporcionaban los papeles necesarios y emprendían la marcha. Desde París el viaje se hacía en tren, generalmente en grandes grupos con vigilantes especiales hasta Perpignan o Nîmes. Antes la frontera se pasaba por el túnel que va desde Cerbère en el lado francés hasta Port Bou en el español. Pero Karin había oído que ahora los franceses habían endurecido el control fronterizo de manera que el paso de la frontera tenía que hacerse cruzando a pie los Pirineos. Se solía hacer por la noche y con la ayuda de guías especiales.

El lugar de llegada a España era por regla general la pequeña ciudad de Figueras. Desde allí los voluntarios eran trasladados a los centros de instrucción en Albacete, en el sureste de España, en la carretera entre Madrid y Valencia.

Pero Karin, que jugaba en una primera división, pasó los días de París haciendo intensos contactos. Tuvo que estudiar a fondo lo que iban a ser sus tareas de contraespionaje en el País Vasco español y francés. Pudo encontrar a personas que le transmitieron sus conocimientos sobre las Bases Pyrénées y también, por casualidad — seguro que violando las reglas de seguridad —, se enteró de las actividades de la Komintern y los rusos en París. Su desarrollado sentido para captar detalles particulares le iba a ser muy útil en el futuro.

En el libro de memorias El último suspiro (pág. 157) comenta Buñuel el contacto con la joven con estas palabras:



Mi misión en Estocolmo fue de naturaleza completamente distinta. La región de Biarritz y Bayona hervía de fascistas de todas clases, y buscábamos agentes secretos que nos informasen. Fui a Estocolmo para ofrecer este papel de espía a una sueca bellísima, Kareen (sic.), miembro del partido comunista sueco. La mujer del embajador la conocía y la recomendaba. Kareen aceptó y volvimos a vernos en barco y en tren. Durante este viaje, hube de sostener un verdadero conflicto entre mi deseo sexual, siempre vivo, y mi deber. Venció mi deber. Kareen marchó a los Bajos Pirineos desde donde me enviaba regularmente todas las informaciones que llegaban a sus oídos. No la he vuelto a ver.

(...) [el responsable comunista de Agitprop] me reprochó que hubiera introducido en Francia a una "trotskista". El partido comunista sueco, en efecto, acababa de cambiar de tendencia, en muy poco tiempo, en el transcurso de mi viaje, y yo no sabía nada.

Sorprende que Buñuel pensase que el PC sueco, que seguía en la más estricta ortodoxia, se hubiese hecho trotskista "en el transcurso de mi viaje". Probablemente fue más bien el desparpajo de Karin y su experiencia en la guerra lo que la hizo sospechosa y entonces lo más práctico era llamar "trotskista" a toda persona incómoda.

Karin se estableció para sus actividades en Biarritz, pero una vez pasó los Pirineos —tal vez pensando en recoger más información, aunque no se sabe bien por qué— y fue detenida por las tropas de Franco. Lo lógico hubiera sido que acabase fusilada, pero no. Se cuenta que salió del entuerto cantando coplas flamencas que había aprendido en la adolescencia. O haciéndose pasar por puta. Ingmar Bergman, con el que Karin vivió unos años, pensó que la salvó su gran talento interpretativo.

Karin volvió a Suecia donde estuvo empleada como "informante"

por los servicios de seguridad suecos desde 1939 hasta el final de la guerra en 1945 y hay conservadas más de 1300 páginas de sus bien escritos informes.

“María me proporcionó muchas y variadas experiencias, fue como la llama de un soplete para mi pereza intelectual, mi desaliño espiritual y confuso sentimentalismo. Además se ocupó de mi apetito sexual. Abrió la verja y puso en libertad a un loco”. (Bergman).

Yo traduje con mi esposa el libro de memorias de Ingmar Bergman, *Linterna mágica*, en el que aparece Karin bajo el nombre de María en este episodio:

Liberado del corsé de hierro de la escuela, me desboqué como un caballo loco y no paré hasta seis años después cuando me nombraron jefe del Teatro Municipal de Helsingborg. Estudié historia de la literatura con Martin Lamm. Sus conferencias sobre Strindberg rezumaban un tono socarrón que encantaba al público pero hería mi amor acrítico. Comprendí mucho más tarde que su análisis era genial. Me incorporé al trabajo con jóvenes del Centro de Mäster Olof, situado en la Ciudad Vieja, y allí tuve la gran suerte de ocuparme de las actividades teatrales que estaban en plena expansión. A eso hay que añadir el teatro universitario. Muy pronto me vi yendo a la universidad para cubrir las apariencias, el teatro me ocupaba todo el tiempo que no empleaba en acostarme con María, una chica que interpretaba el papel de la Madre en *El pelícano* y era un personaje famoso en las asociaciones de estudiantes universitarios. Tenía un cuerpo rechoncho con los hombros caídos, pechos altos, caderas y muslos



Portada de la revista Oggi que anunciaba la entrevista que le había hecho a S. Giuliano.

poderosos. Tenía una cara anodina, con una nariz larga y bien formada, frente ancha y ojos azul oscuro, muy expresivos. La boca fina con comisuras sofisticadamente caídas. El pelo suave y teñido de un rojo intenso. Tenía un considerable talento para los idiomas y había publicado un libro de poemas que había merecido los elogios de Artur Lundkvist. Por las noches presidía su corte en un rincón del Café de la Universidad, bebía coñac y fumaba sin cesar un tabaco de Virginia americano llamado Goldflake, empaquetado en una caja de hojalata amarillo oscuro con un sello rojo sangre.

María me proporcionó muchas y variadas experiencias, fue como la llama de un soplete para mi pereza intelectual, mi desaliño espiritual y confuso sentimentalismo. Además se ocupó de mi apetito sexual. Abrió la verja y puso en libertad a un loco.

Vivíamos a nuestro aire en un angosto apartamento de una sola habitación en el barrio del Sur. Allí teníamos una estantería, dos sillas, un escritorio con lámpara y dos colchones con su ropa de cama. Hacíamos la comida en un ropero y utilizábamos el lavabo para fregar y lavar. Sentados cada uno en su colchón, trabajábamos. María sin dejar de fumar. Para salvarme, inicié el contraataque y pronto fumaba como una chimenea.

Mis padres descubrieron inmediatamente que yo no iba a casa por las noches. Iniciaron las pesquisas. Averiguaron la verdad y tuve que responder de mi conducta. Mi padre y yo acabamos en un violento enfrentamiento verbal. Le advertí que no me pegase. Me pegó y le devolví el golpe, vacilé y cayó sentado al suelo. Mi madre daba vueltas por la habitación llorando y apelando a la sensatez que pudiese quedar en nosotros. La aparté de un empujón, ella dio un grito. Aquella misma noche les escribí una carta diciéndoles que no nos veríamos nunca más. Abandoné la casa rectoral con una sensación de alivio. Me mantuve alejado bastantes años.

Mi hermano trató de suicidarse, a mi hermana la obligaron a abortar

por consideraciones familiares, yo me fui de casa. Mis padres vivían en una crisis desgarradora sin principio ni fin. Cumplían sus deberes, se esforzaban, rogaban a Dios misericordia. Sus normas, valores y tradiciones no les servían de nada, nada les servía de nada. Nuestro drama se representaba ante las miradas de todo el mundo, en el escenario intensamente iluminado de la casa rectoral. El miedo llevó a cabo lo temido.

Conseguí algunos trabajos profesionales: Brita von Horn y su Estudio de Drama me permitieron trabajar con actores profesionales. Los Parques del Pueblo me encargaron hacer representaciones de teatro infantil. Formé una pequeña compañía en la Casa de los Ciudadanos. Hacíamos sobre todo representaciones para niños, pero también tratamos de montar La sonata de los espectros de Strindberg. Los actores eran profesionales y el salario, diez coronas por noche. Tras siete representaciones acabó la aventura.

Un actor que hacía giras por provincias vino a buscarme y me propuso dirigir El padre de Strindberg con él de protagonista. Yo le acompañaría en la gira como attrezzista e iluminador. Aunque ya estaba muy retrasado en los estudios, tenía realmente la intención de examinarme de historia de la literatura, pero la tentación era demasiado fuerte: dejé los estudios, rompí con María y me fui con la compañía de Jonatan Esbjörnsson. Estrenamos en una pequeña ciudad del sur de Suecia. Diecisiete espectadores habían acudido a nuestro llamamiento y pagado su entrada. La crítica del periódico local fue demoledora. La compañía se disolvió a la mañana siguiente. Cada uno se las tuvo que arreglar como mejor pudo para llegar a su casa por sus propios medios. Yo poseía entonces un huevo duro, medio pan y seis coronas.

El regreso no pudo haber sido más lamentable. María no disimuló su triunfo: me lo había desaconsejado. Tampoco ocultó a su nuevo amante. Vivimos algunas noches los tres juntos en el angosto apartamento. Después

de un tiempo me echaron y me vi en la calle con un ojo morado y un dedo dislocado. María se había cansado de nuestro improvisado ménage à trois y mi rival era más fuerte que yo.

Después de la guerra mundial, en 1945, Karin se trasladó a Francia y alcanzó cierto renombre al convertirse en la primera persona que conseguía una entrevista con Salvatore Giuliano, el bandido siciliano sobre el que Francesco Rossi hizo una gran película.

Trabajó en algunas películas en Francia, se convirtió al catolicismo y se casó con un cura.

Murió a los 91 años en París sin haber vuelto a Suecia.